

# El orden democrático desde una perspectiva comparada\*

*Dr. Seymour Martin Lipset*

**Magdo. Lic. J. Fernando Franco González Salas, presidente del Tribunal Federal Electoral.** Muy buenas tardes. En primer lugar queremos pedirles una disculpa, por no haber empezado puntualmente como pretendíamos, desafortunadamente uno de los comentaristas ha tenido un problema de tránsito, muy frecuente en esta ciudad, pero ya está por llegar, esperemos que en cualquier momento se sume a esta mesa, es el licenciado Federico Reyes Heróles.

Señores, bienvenidos al Tribunal Federal Electoral, particularmente a nuestros colegas miembros de la Unión, señores magistrados, señoras y señores:

Es para nosotros un privilegio cerrar este espléndido ciclo de conferencias que han enmarcado a esta reunión de la Unión el día de hoy en este auditorio, con la presencia de un distinguidísimo autor que no necesita mayor presentación.

Antes de continuar como lo hemos venido haciendo con la presentación tanto del autor como de los comentaristas, quisiera agradecer públicamente al doctor Zovatto, todo el apoyo para la realización de este evento. Por supuesto, la presencia del señor licenciado Agustín Ricoy Saldaña, secretario general y director en funciones del Instituto Federal Electoral.

Siguiendo ya el método establecido, voy a proceder a dar lectura a los datos más sobresalientes de nuestro conferencista y de sus dos comentaristas.

El doctor Martin Lipset recibió su educación superior en el Colegio de la Ciudad de Nueva York y en la Universidad de Columbia; es senior fellow de la Hoover Institution y profesor Hazel, de política pública en el Instituto de Política Pública de la Universidad George Mason. Es también escolar en el Instituto de Políticas Progresivas. De 1975 a 1990, estuvo en Stanford como profesor de ciencia política y sociología, y de 1965 a 1975, en Harvard como profesor, en la George D. Markham, de gobierno y sociología. Su principal trabajo es en el campo de la sociología política, organización de sindicatos, estratificación social, opinión pública y la sociología de la vida intelectual. También ha escrito extensamente acerca de las condiciones para la democracia en una perspectiva comparada.

Lipset ha sido elegido como miembro en diversas sociedades honoríficas, tanto de los Estados Unidos como en el extranjero: la Academia Nacional de Ciencias, la Sociedad de Filosofía Americana, la Academia Nacional de Educación y la Academia Americana de Ciencias y Artes, en la cual fungió como vicepresidente de ciencias sociales, para citar sólo algunas. Es la única persona que ha sido presidente de la Asociación Americana de Sociología, así como de la Asociación Americana de Ciencias Políticas.

---

\* Conferencia magistral dictada en el Auditorio del Tribunal Federal Electoral el 4 de julio de 1996. México, D.F.

También ha fungido como presidente de la Sociedad Internacional de Psicología Política, Asociación de Investigación Sociológica, Asociación Mundial para la Investigación de la Opinión Pública y presidente de la sección de ciencias económicas y sociales de la Asociación Americana para el Avance de las Ciencias.

En 1994, fue electo presidente de la Sociedad Paul Lazarsfeld, cuya sede se encuentra en Viena, y en 1995, de la Sociedad para la Investigación Comparativa, en Berlín.

Dentro de los reconocimientos recibidos por su obra destacan los siguientes:

El premio MacIver, por su libro *Hombre político*, muy conocido en nuestro país, el premio Gunnar Myrdal, por su libro *La política de la insensatez*, su libro *La primera nueva nación*; fue finalista para el Premio Nacional del Libro; las medallas Townsend Harris y Margaret Byrd Dawson, por sus significativos logros, la medalla de oro del Consejo Internacional de Telecomunicación del Norte, para Estudios Canadienses. El premio León Epstein, en política comparativa de la Asociación Americana de Ciencias Políticas; en 1993, el premio Marshall Sklare, como distinción por sus estudios sobre los judíos.

De acuerdo a un artículo publicado en la revista *Political Science*, Lipset ha sido calificado como el político más citado en vida, ha recibido títulos honorarios de varias universidades tanto norteamericanas como extranjeras, incluyendo la Universidad Hebrea de Jerusalén, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Bruselas.

Se le han otorgado becas, por parte del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales, la Fundación Guggenheim, la Fundación Ford, dos veces por el Centro para el Estudio Avanzado de las Ciencias del Comportamiento, la Fundación Russell Sage y el Centro Woodrow Wilson para Eruditos Internacionales.

Es autor o coautor de 23 libros o monografías, la traducción de algunos de ellos ha aparecido en 20 idiomas, ha editado 24 libros y publicado más de 450 artículos, sus dos libros más recientes son *Los judíos y el nuevo panorama americano* en coautoría con Earl Raab, 1995 y *El excepcionalismo americano, una espada de doble filo*, de 1996.

Damos la más cordial bienvenida a nuestro distinguido visitante y les pido un aplauso para él por favor.

Procederé a presentar al maestro Fernando Ojesto Martínez Porcayo y cuando esté presente el señor licenciado Reyes Heróles, haré lo propio con él.

José Fernando Ojesto Martínez Porcayo, es licenciado en derecho, egresado de la Facultad de Derecho

de la UNAM, obtuvo mención honorífica en su examen profesional y su tesis fue premiada con el tercer lugar, entre las tres mejores tesis de derecho correspondiente al año de 1980, premio que fue otorgado para la generación de abogados 1949-1953 y la Facultad de Derecho de la UNAM.

Recibió el grado de maestro en administración pública y política pública, en la London School Economics and Political Science de Londres, Inglaterra. Actualmente, es candidato a doctor en derecho en la división de estudios superiores de la Facultad de Derecho de la UNAM. Es miembro, desde 1979, de la Asociación Mexicana de Periodismo Científico y a partir de 1983 del Royal Institute of Public Administration, con sede en Londres, Inglaterra.

Desde el año de 1981 es catedrático de la Facultad de Derecho, impartiendo materias como Derecho Económico e Introducción al Estudio del Derecho, de la cual es profesor por oposición, desde 1985.

De 1985 a 1987, fue profesor de las materias Instituciones del Sector Público y Teoría de la Administración Pública, en el área de posgrado de la Universidad del Valle de México.

En 1989, fue invitado oficial del gobierno de Gran Bretaña para intercambiar puntos de vista sobre materia electoral; de 1987 a 1990, fungió como magistrado supernumerario del Tribunal de lo Contencioso Electoral Federal.

A partir de 1990, tiene el cargo de magistrado propietario del Tribunal Federal Electoral, fungiendo como presidente de la Sala Regional Xalapa; desde 1995, ocupó el cargo de director del Centro de Capacitación Judicial de este Tribunal Federal Electoral.

Ha publicado artículos como *El derecho del sufragio y Las sanciones en materia electoral*, en la revista del propio Tribunal, y ha impartido numerosas conferencias a nivel nacional e internacional, sobre la materia político electoral.

Sin más preámbulos, cedo la palabra al profesor Lipset.

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Muchas gracias. Me agrada muchísimo el haber sido invitado a estar aquí con ustedes, en estas conferencias, sobre todo ya que el trabajo de ustedes es tan relevante, para lo que es el evento más importante de nuestros días, es la expansión de la democracia, el colapso de la dictadura, el totalitarismo y esto desde luego ha sucedido en todos los continentes, pero en donde ha sido más completa, desde luego ha sido en América Latina.

Esta mañana, Giovanni Sartori, un viejo amigo mío, comentó en cuanto a no sé qué palabra utilizó, pero en



Conferencia Magistral del Dr. Seymour Martin Lipset

realidad él no trató mucho con México durante su presentación y ya que él dice que ustedes saben más de México de lo que él sabe, yo seguiré su ejemplo. Sin embargo, quisiera yo notar que no temo hablar acerca de México. En otras partes, de hecho, estaba yo recordando precisamente el día de hoy que hablé acerca de México en Polonia en 1961 o 1962, di una plática sobre México. Y el punto de esa plática fue que Polonia se había convertido en algo único y singular dentro de los países comunistas, puesto que había avanzado hacia una sociedad más libre y había todo tipo de manifestaciones, motines y huelgas continuas y el régimen permitía una cierta libertad; sin embargo no habían conceptualizado cómo manejar este fenómeno y lo que sugerí fue que si querían un ejemplo de un gobierno donde dominaba un partido pero, al mismo tiempo, permitía la libertad y cierto tipo de elecciones, pues deberían de mirar hacia México.

En ese entonces, Polonia trataba de hacer una sociedad comunista más libre y quizá deberían haber aprendido de México. Afortunadamente ya Polonia no requiere de estos consejos y México ya no ofrecería el mismo ejemplo. Claro, ustedes todavía no han pasado por la prueba extrema, que es el cambio de gobierno a través de una elección.

Yo hoy quisiera hablar acerca de las condiciones del orden democrático dentro de una perspectiva comparada. La preocupación intelectual con los requisitos sociales, cuyas condiciones varían conforme a los reglamentos políticos, se remontan hasta la antigua Grecia. Aristóteles distinguía tres formas diferentes: la democracia, la oligarquía y la tiranía. La oligarquía, tal como los regímenes aristocrático y monárquico, se definía como la regla de las elites tradicionales, basándose en las costumbres y la legitimidad histórica. Marruecos y otros reinos árabes son ejemplos contemporáneos. Su diferencia en cuanto a la tiranía, dictadura que apela a las masas como el comunismo, el fascismo, o el régimen populista de Perón, tiene un sabor mucho más moderno. Estas dos últimas formas, según sugería Aristóteles, realmente se fusionan más cuando la clase media es pequeña y la población es de veras avasalladoramente pobre.

La democracia, por otra parte, se da más cuando la capa de clase media es mucho más amplia. Este énfasis en cuanto a la distribución por clases, fue después acuñado por Maquiavelo en su análisis en cuanto a las fuentes de los diferentes sistemas políticos. En tiempos más modernos, este tipo de discusión ya se ha hecho bastante común. Los antepasados americanos conoci-

an a Hobbes, a Locke y a algunos de los enciclopedistas franceses como Montesquieu, quienes también influenciaron a los revolucionarios franceses.

Viniéndonos a través de la historia, desde la Grecia antigua y Roma, hasta la experiencia de los diferentes regímenes europeos, sobre todo en Italia y en Gran Bretaña, se han tratado de contabilizar las fallas del régimen democrático republicano y de la intensificación de la autocracia dentro de un régimen monárquico. El énfasis en una división institucionalizada de los poderes que surge en los Estados Unidos, fue avanzada por primera vez en términos teóricos. Montesquieu nos obliga a ver los balances y nuestros padres americanos supusieron la necesidad de poder reforzar su poder, ya que el poder ilimitado siempre sería objeto de abuso, mientras que en Europa, los aristócratas y el gobierno local trataba de reducir el poder de la monarquía.

El énfasis en cuanto al papel de las instituciones políticas formales y en el Estado, como un determinante de los grupos políticos relevantes en el comportamiento de masas, se modificó con el surgimiento del análisis sociológico comparativo del siglo XIX, siguiendo a Tocqueville y a Marx.

Buscando la institucionalización de las reglas y de la libertad personal, sino de la democracia como tal, Tocqueville, quien es particularmente sensible al fracaso de la revolución francesa, volteó hacia América para descubrir los factores necesarios para limitar el poder estatal y entre estos señala las funciones de las asociaciones voluntarias como instituciones mediadoras y de fuerzas de contrapeso para el gobierno central, lo que las gentes hoy en día llaman sociedad civil.

También fue impresionado por la división del poder en América entre las autoridades federales, centrales y locales y enfatizó tres factores sociales, incluyendo mayor calidad de las condiciones y del respeto al pueblo, sin importar su origen social.

El y otros suponen, igual como lo hizo Thomas Jefferson, que una sociedad con una gran clase media autoempleada lo más probable es que fuera democrática, en comparación a otras donde hubiese diferencias de jerarquía. La democracia política fue institucionalizada inicialmente en América del Norte a través de la parte norte de Europa, las tierras donde la burguesía era más fuerte, la educación se diseminaba mucho más y el Estado central se debilitaba.

Barrington Moore, que es casi un marxista, resume la historia de estas políticas y dice que es una lección que hay que aprender, y en una frase él nos dice "si no hay burguesía, no hay democracia". El marxismo tra-

dicional, tal y como fue enunciado por Marx y seguido por casi todos sus seguidores, incluido al Lenin de antes de 1917, supone que una precondition para el socialismo y la revolución para la clase trabajadora era una sociedad industrial capitalista avanzada que hubiese subminado la economía y que tuviese una gran mayoría de clase trabajadora. Marx decía que cualquier esfuerzo para perpetuar un régimen socialista en ausencia de dichas condiciones era una utopía y que nos iba a dar como resultado un aborto sociológico, ya que las formas severas de la desigualdad eran inherentes en cualquiera sociedad, sobre todo en la sociedad agraria.

Si los marxistas le hubieran puesto atención a Marx, hubieran entendido lo que pasó en la Unión Soviética, o ver por lo menos qué era lo que iba a suceder. El esquema revolucionario marxista, el cual contempla la regla burocrática, reemplazando al orden monárquico simultáneamente con el proceso de la industrialización capitalista, parece haber nacido a fines del siglo XIX y principios del XX, conforme la democracia se ensaya como forma política, durante x periodo y con diferentes grados de éxito, en un número de países europeos.

Antes de que se pudiera institucionalizar, surgen amenazas organizadas para establecer el poder en forma de sindicatos, partidos socialistas y grandes movimientos anarquistas. Estos retos no nada más asustan a los líderes de esa época, a la Iglesia y a los militares, sino que también intimidan a la burguesía liberal, que era el bastión del concepto del Estado débil. Los segmentos de éste último, consecuentemente se hicieron reaccionarios y se alinearon a las fuerzas oligárquicas y los prospectos para la democracia se desvanecieron y desde luego que esto fue parte del problema que confrontó Europa del sur y también grandes secciones de América Latina.

Algunos marxistas empezaron a darse cuenta de que el esquema revolucionario quizás no se sostendría para la escena industrial. León Trotsky particularmente argumentó contra casi todos los liberales y marxistas tales como Lenin, diciendo que el paradigma marxista era seguido por el crecimiento del capitalismo y la democracia y que esto no se debería hacer dentro de la Rusia zarista. Aun cuando cambió de forma de pensar, de todas formas anticipó las distorsiones y las fallas que ocurrieron cuando se colapsó el régimen zarista.

El análisis marxista de las condiciones estructurales para el socialismo se olvidó o se ignoró por parte de los izquierdistas después de la revolución rusa, aun cuando la degeneración de comunismo hacia el estalinismo, el surgimiento del fascismo y las dictaduras en otros países parecen ser que validan el supuesto de

Marx y de Trotsky. Donde el poder burgués y la industrialización es débil, los esfuerzos para construir las democracias liberales sucumben a la dictadura. Las autocracias emergen en Argentina, en Brasil y aquí en México durante los treinta.

El pesimismo generado por los eventos de los veinte y de los treinta, en cuanto al futuro de la democracia en las sociedades libres fue dejado a un lado después de la Segunda Guerra Mundial con la caída de las potencias fascistas y la victoria de los países democráticos y la Unión Soviética.

La democracia se impuso en Alemania, Italia y Japón. Más generalmente un sinnúmero de nuevas naciones que habían sido colonias de Bélgica, Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos aseguraron su independencia y empezaron a trabajar dentro del marco de las constituciones y de procedimientos electorales, basadas conforme sus antiguos regidores.

El análisis de las precondiciones para la democracia y el socialismo, realmente se ignoraron o se olvidaron dentro del entusiasmo de la posguerra.

Los científicos sociales empezaron a estudiar las formas de cómo los nuevos países estaban creando nuevas instituciones políticas y señalaban la necesidad de una industrialización económica y una modernización social. Pero conforme se hizo evidente que muchas, eventualmente la mayoría de las grandes naciones y aun de los antiguos estados de América Latina no podían sostener o mantener las instituciones democráticas, la literatura de las ciencias sociales empieza a reenfatar las antiguas teorías que asocian la democracia con la afluencia económica con un alto nivel de educación, con una gran clase media y con instituciones mediadoras o con una sociedad civil más fuerte.

Varios analistas, como Samuel Huntington, en los Estados Unidos, Eern McDonald en América Latina y los llamados teóricos de la dependencia, los cuales todos ellos fueron influenciados por el trabajo de "Edwa", decían que las instituciones económicas del Occidente tendrían consecuencias desastrosas para el Tercer Mundo.

Huntington y O'Donnel argumentaban que los países menos desarrollados no iban a poder seguir los modelos democráticos, puesto que éstos estimulaban a la clase más pobre y trabajadora para poder exigir demandas a la economía, las cuales en caso de que se satisfagan, evitan el crecimiento.

Este resultado en límites condujo a cabo a golpes militares y a la emergencia de los sistemas burocráticos autoritarios.

Los teóricos de la dependencia enfatizaron que "las relaciones económicas tradicionales con los países avan-

zados y la existencia de un mercado libre en el Occidente, iban a dar como resultado una falta de recursos para el crecimiento, puesto que el capital abandona los países menos desarrollados y no está disponible para el desarrollo industrial".

Los esfuerzos auspiciados por los sistemas autoritarios se consideraron como algo necesario.

Sin avanzar más en la discusión de estos diferentes enfoques teóricos, yo quisiera notar que este pesimismo revivido en cuanto al futuro de la democracia e inclusive del crecimiento, ha sido retado por desarrollos políticos más recientes.

Las tres potencias principales, desde luego Alemania, Italia y Japón, han mantenido instituciones democráticas por más de cuatro décadas.

En los 70 y los 80 se atestiguó la nueva emergencia de la democracia en una gran cantidad de estados antes considerados como autócratas. Los regímenes de la derecha entraron en poder en Grecia, España y Portugal; mientras que en América Latina las instituciones democráticas resurgieron en Argentina, Brasil, Chile y muchos otros países.

Las autocracias se colapsaron en Haití, Pakistán, Paraguay, Filipinas, Corea del Sur y Taiwán.

El supuesto de que la dependencia y un sistema de mercado mundial preveía el desarrollo económico, también resultó ser injustificado. Los países menos desarrollados han tenido una tasa de crecimiento muy alta, aun cuando varía considerablemente de país a país, como ocurrió en el siglo XIX.

En los estudios de los economistas en cuanto al cambio económico en países menos desarrollados se ha detectado un movimiento hacia una mayor desigualdad y mucho más en los países autoritarios que en los democráticos.

El resurgimiento de la democracia, en la parte sur de Europa y hasta cierto grado aquí en América Latina, es congruente con aquellos modelos del cambio político que enfatizan la modernización económica, como una base para la liberalización y con la tesis de que la autocracia puede ayudar a auspiciar el crecimiento y, por lo tanto, facilitar las condiciones para la democracia. España es quizás el ejemplo clásico.

El sociólogo brasileño y hoy en día presidente Fernando Cardoso, una vez notó, lamentablemente, que las condiciones para el desarrollo económico habían mejorado considerablemente en su país dentro del contexto de la estabilidad propuesta por la regla de los generales, facilitando la emergencia de las instituciones democráticas.

Pero sería erróneo darle demasiado énfasis a este tipo de conclusiones. Los patrones son demasiado varia-

dos. India sigue siendo una variación de todas las teorías, a excepto de Tocqueville, quien enfatiza el papel de las instituciones mediadoras. Este es uno de los países más pobres del mundo, sin embargo, sigue siendo democrata. Otros países del tercer mundo populistas, incluyendo países como República Dominicana, Papúa, Nueva Guinea también siguen este supuesto.

El desarrollo político sugiere que las pequeñas poblaciones son conductivas a la democracia, aun cuando esto puede entrar en contradicción en el caso de Singapur.

Mientras que el interés por las condiciones para la democracia se enfoque en los estados menos desarrollados, se puede aprender mucho a partir de la historia de las democracias estables, tomando en cuenta las condiciones para la libertad política y las elecciones libres.

El análisis del Tercer Mundo contemporáneo, no debe llevarse a cabo sin hacer referencia a la historia de América del norte a la parte este de Asia y la parte norte de Europa, donde había sociedades agrícolas que se vieron confrontadas por un rápido crecimiento demográfico y que fueron divididas primordialmente por el lenguaje.

La sociología o la política del desarrollo, la preocupación por las elecciones en las nuevas sociedades o los nuevos sistemas electorales, no debe limitarse a ver nada más las sociedades contemporáneas, a partir de las cuales la historia necesariamente es limitada, sino también se debería de ver, como ya dije antes, las sociedades más antiguas.

Yo escribí un libro hace un par de años que se llama *La primera nueva nación*, y éste era sobre los Estados Unidos de Norteamérica. Es decir, el primer país que había sido colonia y que se había independizado del imperialismo y se había establecido como un estado independiente. Parentéticamente alguien me escribió que estaba yo mal al haber escrito esta introducción en este libro, puesto que alguien escribió un libro sobre Islandia, que se decía que era la primera nueva nación. Islandia se liberó de Dinamarca mucho antes de que los Estados Unidos se hubieran liberado de la Gran Bretaña.

Pero bueno, en cualquier caso, si vemos la historia de los Estados Unidos, de Canadá y de Australia, ellos fueron alguna vez estados en desarrollo que fueron altamente dependientes de las inversiones, bueno, principalmente británicas, pero hasta cierto punto también de las alemanas.

Schumpeter, enfatiza en un libro muy brillante sobre el imperialismo que de hecho está ya casi olvidado hoy en día, y nos dice que la dependencia de la inversión

en las condiciones del capitalismo en el siglo XXI ayudó a estos países a poder construir recursos de capital". Las inversiones extranjeras, según Schumpeter, fueron reducidas debido a las bajas económicas; mientras que los recursos comprados con capitales importados, tales como los ferrocarriles y las plantas siguieron ahí. Por lo tanto, el Estado no auspiciaba una deuda extranjera que tuviera que pagarse a pesar del revés económico.

Y una de las críticas que algunas personas han hecho, incluyéndome a mí mismo, en cuanto al efecto de la dependencia, es que no se da tanto auge a la inversión, sino que se enfatiza en préstamos en el extranjero y, desde luego, que cuando las cosas van mal, como siempre van, entonces estos países se quedan atorados como México, con la deuda extranjera.

Pero si hubiese habido capital extranjero en el país, este capital hubiera sido de los Estados Unidos o de otro país, igual hubiese sido eliminado. Claro está que esta generalización para el siglo XXI puede ser retada o modificada, puesto que ya hoy en día tenemos un sistema económico mucho más global. Y es más fácil poder sacar una inversión extranjera del país rápidamente.

Pero de todas formas, yo creo que es importante reconocer que el control estatal puede, y de hecho lo ha hecho, tener un efecto devastador en el crecimiento económico y en la independencia en comparación con la inversión extranjera para muchos países.

Ahora, en el occidente, está claro que la política de clases emerge y se convierte en el meollo de un sistema político y esta generalización, bueno, se podría hacer dentro de las fuentes de la diversidad política, a través de los países que tienen estratos por clases, es decir que hay partidos que tienden hacia la clase más privilegiada, mientras que otros partidos tienden a irse hacia la clase más pobre, pero de todas formas tiene que haber una lucha de clases y ésta ha existido en la mayor parte de los países.

La pregunta aquí en cuanto a la política actual y a los partidos, no parece ser tan simple en los estados excomunistas, pero sí tenemos una base fundamental en la mayor parte de los países; esta lucha de clases la cual deberíamos reconocer, se ha convertido en una batalla no nada más para el socialismo, sino también para la división y para que podamos ver los prospectos para una elección.

La legitimidad del sistema es una condición necesaria para poder mantener un gobierno estable basándonos en las leyes respetuosas y conforme las reglas del juego que suponen libertades civiles y una posición civilizada. La política donde la legitimidad es débil, pues empieza a ser muy represiva y la mayor parte de

los nuevos estados contemporáneos o las políticas posgolpe de estado, nos dicen que la fuerza no nos da un título para gobernar. Los sistemas poscoloniales que no tienen una legitimidad política, como por ejemplo todos los estados excomunistas nos lo muestran y claro que esto ha sido un problema en América Latina, aun cuando sus estados en una gran mayoría son estados antiguos, se remontan hasta 1820 o algo así, porque cuando se tiene la introducción de un nuevo sistema político a través de un golpe, a través de una revolución, a través de un régimen militar, en fin, no tiene una legitimidad tradicional, la gente no cree simple y sencillamente en el sistema, puesto que éste se ha llevado a cabo desde hace mucho tiempo.

Y, por lo tanto, los nuevos sistemas son inherentemente inestables. Tenemos que reconocerlo cuando confrontamos el entendimiento de estas sociedades y en este aspecto tendríamos que decir, si estamos hablando de América Latina o de los esfuerzos de la democracia en algunos de los estados africanos o en alguna otra parte, que el problema de la legitimidad es uno que tiene que ser considerado como importante en términos de debilitarlo.

Samuel Huntington ha hablado acerca de la tercera ola de la democracia y, esta ola desde luego que ha barrido a América Latina, pero la barrió porque precisamente en muchos países no se tiene legitimidad y por lo tanto, uno tiene que preocuparse de que los golpes o las crisis nos pueden llevar a una ruptura de la democracia. Entonces, uno no tiene solución a esta generalización, aparte del hecho de que podemos regresar a la importancia de la economía y a la importancia de una economía cada vez mayor y una economía en expansión. Esto es algo que los países ricos tienen que entender cuando tratan con los países menos privilegiados.

Los Estados Unidos de Norteamérica sigue siendo el ejemplo primordial de un nuevo estado posrevolucionario que se convirtió en una democracia estable y económicamente exitosa pero, claro está que los Estados Unidos tuvieron muchas ventajas incluyendo la calidad de sus dirigentes, el contenido de su forma, de la ideología igualitaria, de una institución no relacionada con el Estado y que nos daba una nueva sociedad, y aun su geografía.

Nuevamente, por esa razón, simple y sencillamente pues no podemos decir, los Estados Unidos de Norteamérica fue un estado subdesarrollado, posrevolucionario y tuvo éxito. Sí, sí lo tuvo y uno puede aprender lecciones de otras sociedades a partir de su historia, pero también se ha contado con una serie de ventajas en términos de su primera ideología. Una de ellas es



Dr. Seymour Martin Lipset

que, sobre todo en el extranjero se ignoraba a los Estados Unidos y los Estados Unidos es un país ideológico, está basado alrededor de una ideología que se ha definido como el americanismo, el americanismo es una ideología dentro del mismo sentido que se habla del fascismo, del socialismo, del comunismo, fue una ideología liberal, realmente se convirtió en lo que sería el liberalismo más tarde.

Como ideología, los estadounidenses creían tener un conocimiento de cómo debería de ser una nueva sociedad y querían que el resto del mundo fuese igual que ellos, al igual que los comunistas. De hecho, ha habido dos países ideológicos dentro de la historia, es decir dos importantes, uno ha sido los Estados Unidos de Norteamérica y otro ha sido la Unión Soviética, es decir, países que tienen cultura, que no es cuestión de tener una cultura común, un lenguaje común, sino que tienen solamente una sociedad.

Hoy en día nada más hay uno, ya que la Unión Soviética y el comunismo se han colapsado, pero den-

tro de este contexto, si vemos los aspectos del americanismo como ideología, uno de sus énfasis desde luego fue en cuanto al antiestado, el contenido básico está resumido en Jefferson en su aseveración de que “el gobierno mejor, es el que gobierna menos”, y el conocimiento de que la concentración del poder en el Estado, el poder económico, el poder político no es bueno para un desarrollo económico, no es bueno para la unidad política, para la legitimidad. Esta es una idea que fue presentada por los revolucionarios liberales de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pero después declinó entre aquellos que pensaron que querían la democracia y querían mayor igualdad, sobre todo los diferentes grupos que llamamos de izquierda.

Hoy en día tenemos un resurgimiento de un interés o de una conciencia del peligro del Estado y, bueno, no tengo tiempo para elaborar al respecto dentro del contexto americano o del contexto en otras partes, a excepción de mencionar que el problema con el Estado en términos de democracia, crecimiento y poder es que en una situación en la cual el poder y el bienestar es igual a cierta ganancia a expensas de otros y de otros grupos, los estados fuertes en la economía o en la política evitan que otros lleguen al poder, que la hagan bien, o que se desarrollen económicamente. Por lo tanto, mientras que haya sistemas de mercado libre y que tienen enormes problemas al respecto, uno tiene que entender, como ya lo dije, los rusos en diferentes tiempos pensaron que pasaban del comunismo al capitalismo y del capitalismo al mercado libre y que se producían sociedades ricas como en los Estados Unidos y que, por lo tanto, al adoptar el mercado libre se iban a hacer ricos. Pues no, no hay garantía alguna.

El capitalismo, para ponerlo en una forma vulgar, realmente es un juego, es un juego en el cual algunos se enriquecen y otros no, muchos no; algunas naciones tienen éxito y otras no, pero esto es una en la cual hay toda una estructura motivacional que opera para animar a la gente a desarrollarse, a ser empresarial, a improvisar dentro de la economía y dentro de la política y esto es algo que nosotros necesitamos. Y uno encuentra nuevamente, si es que vemos las diferencias culturales, entre los diferentes grupos étnicos o nacionales, que hay ciertas culturas, ciertos valores que facilitan o animan el empresarialismo.

Max Weber escribió los famosos estudios de la religión y la economía y tiene su libro de la ética protestante y ahí se argumenta que una parte del protestantismo, el calvinismo, llevó a la gente a ser empresarial, a tratar de avanzar y que esto dio mayor riqueza a países donde ese marco religioso se estableció y desde luego, que la contraindicación que hace Weber es que

el catolicismo no lo hace, no fue tan funcional para el desarrollo económico.

Ahora, nuevamente no tenemos tiempos aquí para elaborar esto en cuanto al catolicismo en América del Sur o en Quebec o en el sur de Europa. Todo esto está relacionado con los desarrollos económicos y políticos en este caso, pero sí se puede establecer que en el pasado sí se tuvieron factores negativos, porque lo que queremos son sociedades donde la gente sea individualista, competitiva y ambiciosa, y esto no surge del aire, sino que viene de las instituciones y de los valores.

Afortunadamente, conforme nos vamos convirtiendo en un solo mundo, el tipo de valores que hacen lo positivo en términos seculares, se ha diseminado por el mundo pero no en forma equitativa y, por lo tanto, los resultados no son así de iguales.

Tenemos desarrollos asombrosos de los países del este de Asia, de los tigres: Corea, Japón, Taiwán, etcétera, donde hay elementos que algunas gentes piensan que se basan en Confucio, y que ha estimulado el crecimiento. Hoy en día el catolicismo ha cambiado su carácter grandemente.

En el islam, por ejemplo, no ha funcionado muy bien que digamos, pero éste es el tipo de factores y de variables que tenemos que buscar si es que nos preocupa la democracia.

Ahora lo que yo he mencionado, no tiene que ver directamente con el tema de las celebraciones, principalmente de los sistemas electorales, pero los sistemas electorales son la forma institucionalizada de la democracia. La democracia requiere de partidos, la definición de la democracia, es una presentada por Schumpeter nuevamente, quien dice que las “sociedades democráticas son sociedades dentro de las cuales se compite por el poder, apelando a las masas, apelando a los votos y la forma en la cual las masas se imponen a sí mismas en el sistema, es pudiendo escoger entre los que compiten”.

Pero de todas formas esta idea de control desde abajo no funciona, es una competencia institucionalizada, la que es necesaria, y esto es lo que se está desarrollando por todo el mundo.

Y los partidos políticos a su vez, están atados a bases de diversidad, a bases de división de los cuales las clases sociales son las más importantes. Entonces estamos tratando de institucionalizar estas diferencias con sistemas electorales que pueden ayudar a estabilizar un partido político, pero las diferencias entre las formas en las cuales escogemos, bien que haya representación proporcional o distritos de un solo miembro o presidentes o primeros ministros, todo esto aporta una diferencia y la misma división del sentimiento va



a salir en forma diferente, conforme los diferentes sistemas electorales; pero todos son democráticos, todos son sistemas en los cuales los políticos tienen que ponerle atención a lo que el resto de la población en grupos organizados, es decir, el electorado cree. Y ésa es la naturaleza de la democracia, la lucha competitiva por el poder.

A través de apelar a los grupos, y esos grupos o electorado sofisticado es mucho más importante y más fuerte en países más desarrollados, en países mejores educados, entonces tenemos como una especie de ciclo de refuerzo, que se puede considerar en términos positivos o negativos, y yo creo que aquí me detengo, creo que ya hablé demasiado y entonces ahora me gustaría escuchar a mis comentaristas y después recibir sus preguntas.

Gracias.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Muchísimas gracias, profesor Lipset, me reservo los comentarios.

Es muy grato para mí recibir a mi amigo y comentarista en esta tarde, y que no necesitaría presentación, pero por la formalidad lo hacemos, licenciado Federico Reyes Heróles, escritor y comentarista político, autor de diversas publicaciones entre las que sobresale *Ensayos sobre los fundamentos políticos del Estado contemporáneo*, la novela *Ante los ojos de Désirée*, las obras *Anclajes, transfiguraciones políticas del Estado mexicano*, *Contrahechuras mexicanas*, *La democracia difícil*, la novela *Noche tibia*.

Fue coordinador de la serie de libros titulados *Los partidos políticos mexicanos*, en 1991 y *50 preguntas a los candidatos*, *Sondear a México*, en 1995, además ha escrito diversos artículos en revistas de difusión general y especializadas.

Durante su trayectoria profesional en la UNAM, desempeñó los cargos de director de la revista *Universidad de México*, coordinador de la Facultad de Humanidades, investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. También ha sido colaborador de los periódicos *UNO MAS UNO*, *La Jornada* y *El Financiero*.

Actualmente, director de la revista *Este país, tendencia y opiniones*, así como colaborador en los periódicos *Reforma* y el *Norte de Monterrey*, entre otros.

Es titular de la cátedra Simón Bolívar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y tiene el nombramiento como becario asociado del Pearson College, en la Universidad de Yale.

Siguiendo la metodología, cederé la palabra ahora al maestro Fernando Ojesto Martínez Porcayo.

**Mtro. Fernando Ojesto Martínez Porcayo.** Gracias, señor presidente, por su deseo.

Doctor Martin Lipset, señores miembros de la Unión Interamericana de Organismos Electorales; doctor Daniel Zovatto, licenciado Agustín Ricoy Saldaña, licenciado Fernando Franco González Salas, licenciado Federico Reyes Heróles, señores magistrados, señoras y señores:

Quiero agradecer en primer lugar a los organizadores por haberme dado oportunidad de ser comentarista de uno de los más brillantes sociólogos norteamericanos y que considero se debe más a un reconocimiento a la labor del Centro de Capacitación Judicial Electoral, del cual soy director, que a cualidades personales.

Les agradezco mucho señores organizadores.

Quiero adelantar que mis comentarios al profundo pensamiento del doctor Martin Lipset, no pretenden abarcar todo lo aquí expuesto, por nuestro conferenciante, se refieren tan sólo a algunos puntos de su exposición, que han despertado en quien les habla, un marcado interés por la rica gama de ideas que de ella se desprenden.

En su magnífica conferencia el profesor Lipset mantiene su inalterable convicción por la democracia y su generoso espíritu presente desde siempre en sus estudios de sociología política, de proporcionar ayuda y una guía clarificadora sobre las circunstancias que hacen posible una sólida implantación de la democracia.

A mi entender, el trabajo del profesor Lipset consta de dos partes: una de ellas teórica y otra de historia comparada. En la primera la teórica, a través de un compacto análisis, elaborando un juego de espejos en los que contrasta la doctrina con la realidad, desde la perspectiva de cuatro autores universales, Aristóteles, Tocqueville, Marx y Weber, entrelaza con gran habilidad el complejo pensamiento de estos autores y construye mediante argumentos bien definidos, la tesis que sustentan al estado neoliberal, en el marco doctrinario de Adam Smith.

En esta primera parte nos muestra, cómo a partir de las escuelas liberales, de corte spenceriano y la marxista, y propone la necesidad de un amplia clase media y un estado limitado, como presupuestos de la democracia. Según esta interpretación el establecimiento de una sociedad democrática, es corroborado empíricamente, además con los casos de Estados Unidos y norte de Europa y algunos países de Australasia.

Asimismo, se dan datos empíricos que demuestran el sentido negativo que en donde no existe riqueza económica, alto nivel educativo, amplias clases medias como instituciones mediadoras, en general de una economía industrial y una sociedad moderna, no es posible la implementación sólida y estable de la democracia.

La segunda parte de su valioso trabajo, el profesor Lipset, mediante una retrospectiva histórica, destaca los elementos que considera fueron las bases que permitieron a los Estados Unidos de Norteamérica y el norte de Europa, lograr el desarrollo de sus instituciones políticas y económicas, y que en resumen podríamos decir que son primero un desarrollo gradual y una descentralización del poder central. Una legitimidad tradicional que se transforma posteriormente en legitimidad legal burocrática, con un irrestricto respeto al principio de legalidad y después ya específicamente de las enseñanzas de Estados Unidos de América, dice que se institucionaliza la democracia en este país.

En primer lugar, por algunas ventajas como son sus calidades de sus líderes, una ideología igualitaria y antiestatista, instituciones religiosas voluntaristas, no impuestas por el Estado y además una nueva estructura social con una sociedad de frontera y también podríamos decir, hasta una generosa geografía.

Específicamente dice el doctor Lipset que Norteamérica, en un inicio, tuvo una legitimidad en una autoridad local opuesta al gobierno central. Esto fue muy importante, además de que existió una población predominantemente protestante con sectas que nunca fueron religión de Estado, es decir, había una separación clara entre Iglesia y Estado. Una carrera militar, asimismo, que no fue fuente de poder y de prestigio, y también existía una sociedad que no hacía tanto hincapié en el estrato social y por lo tanto había menos conflicto de clase.

Asimismo, había un lenguaje y una cultura común, a pesar de ser una sociedad de inmigrantes, una sociedad predominantemente agraria, con una clase rural autosuficiente y propietaria en su mayoría, un crecimiento económico lento pero estable, una inversión extranjera útil, como nos lo dijo, una mano de obra escasa en ese momento que también produjo salarios altos, además de una descentralización del poder político, ya que tenía —nos hace énfasis en algunos elementos que son muy significativos históricamente— una capital, en ese momento Washington, poco atractiva que evitaba que los políticos quisieran quedarse más de los tres años que les tocaba cuando tenían algún poder, además de que el sistema electoral parlamentario, dominado por el presidencialismo, permitió el establecimiento de un bipartidismo con partidos de coalición que aparentemente eran indisciplinados y también aparentemente carecían de ideología, lo que evitó la proliferación de partidos pequeños y radicales.

Y por último, la creación de un poder judicial independiente, que efectivamente limitó el poder de las demás áreas de gobierno, sobre todo el ejecutivo.

Lipset, desde mi punto de vista, adquiere una doble dimensión. Por un lado, es uno de los más agudos analistas y hasta podríamos decir profetas sociales, que a través de un método comparativo logra establecer las relaciones causales de los fenómenos sociales de nuestro tiempo. No tenemos más que echar un vistazo a su *Hombre político*, escrito a finales de los años cincuenta, para admirar cuántos acontecimientos por él anunciados han sido ciertos. Sus estudios demuestran que sí es posible hacer ciencia social, al más puro estilo positivista clásico, pero siempre y cuando se haya hecho la tarea, es decir, con acuciosidad y con paciencia se hayan obtenido los datos y elementos necesarios que agoten, por lo menos en sus rasgos generales, el tema en estudio.

El otro profesor Lipset se refiere al científico verdadero, al que advierte que sus generalizaciones no deben ser tomadas al pie de la letra. Es que el científico social no puede ni debe trabajar en su torre de marfil, abstraído de una vida intelectual fuera del tiempo y del espacio. La ciencia —y englobo en este término a toda la esfera científica humana— se hace por hombres que se sumergen en el ambiente de su época, que sin separarse del medio social en el cual laboran, sufriendo la presión de éste y de las contingencias, recurren en sus investigaciones, a técnicas y métodos condicionados por la misma realidad, dejando a un lado la pretensión universalista de las teorías, especialmente en este campo de la sociología política, como lo hace con la modestia científica que le caracteriza al profesor Lipset, una vez probado su punto teórico, reconoce su relativismo y su circunstancialización a un espacio geográfico cultural y a un tiempo histórico social determinado.

En la teoría política, en la investigación sociológica que se da a su alrededor, se presentan dos constantes que vinculan su quehacer científico y el fenómeno histórico. Estas constantes son las circunstancias y el relativismo teórico aplicado siempre a la realidad. En efecto, en el análisis, ya sea sociopolítico o jurídico, la flexibilidad y variabilidad de los métodos y las técnicas de investigación que nos permiten leer y traducir el sentido de las acciones en esos campos, requieren de un planteamiento acorde al procedimiento planteado que se sigue con la investigación para conocer la forma de existencia de los procesos, desentrañar sus conexiones internas y externas, generalizando y profundizando los conocimientos para demostrarlos racionalmente mediante aplicaciones técnicas, es decir, operaciones lógicas e imaginación racional.

Si no se advierte esto, las ciencias sociales pueden caer en un peligroso determinismo o degenerar en un

eurocentrismo, con su siempre incongruente imitación extralógica. En efecto, el determinismo constituye una deformación de la realidad que lleva al hombre a generar relaciones de causa-efecto como método para estructurar el conocimiento.

Así, en las ciencias experimentales, el determinismo solamente permanece lo que trata en comprobarse su validez, mientras que en las ciencias sociales, el determinismo resulta de la simple elevación de un fenómeno a la categoría de ley, sin que se perciba la diferencia que existe entre causa y circunstancia.

Precisamente, Adam Smith confundía causa y circunstancia cuando anunciaba su principio de libre mercado como supremo regulador del proceso económico. De igual forma, Carlos Marx realizaba esta transposición cuando establecía sin más, la tesis de la inevitabilidad de la caída del capitalismo y el advenimiento de una sociedad sin clases. Causalidad y circunstancialidad describen dos fenómenos que concurren en forma distinta respecto de la realización de un fenómeno. La causa es consustancial al efecto y por consiguiente se

actualiza en el mismo; la circunstancia, por el contrario, es ajena al proceso y sólo modifica sus características. Luego entonces, causa es el componente de un sistema determinante de la función y de los componentes subsiguientes, actuando siempre en forma absoluta y sin alternativa. En suma, la causa está en el efecto implícitamente representada. Por su parte, la circunstancia es determinante para la calidad de la relación; su función es desde afuera, mientras que la causa es una concepción mecanicista, esto es, la fuerza que genera el efecto. La condición no genera, ni explica, ni justifica por sí misma el fenómeno, concurre en él sin alterar su esencia. Así tenemos que causa y circunstancia entre una y otra median grandes diferencias. La primera es política, es decir, antecedente inamovible de consecuencias predecibles; la segunda es práctica, consecuente cuya textura es la variabilidad referida a cierto fenómeno. La primera refiere al punto de partida de un fenómeno, la otra sólo a su fisonomía. La primera es apriorística, determinista, fatal; la segunda es condicionante, cambiante, relativa. Lipset entiende estas diferencias y por eso su trabajo matiza, pondera, circunstancializa.

En lo que se refiere al eurocentrismo, entendido como la exigencia de asumir medidas, sobre todo económicas, sin tomar en cuenta la ideología y circunstancias políticas y culturales sociales, citaremos algunos de los científicos sociales más connotados que advierten los riesgos de su utilización. Por ejemplo, Umberto Cerroni, en la obra *Introducción al pensamiento político*, observa cómo éste se encuentra limitado por las circunstancias históricas en que se produce. Dice: "La hipótesis más usada que podría plantearse es que la formación de la política como ciencia autónoma, estuviera íntimamente condicionada por la formación de un determinado tipo histórico de sociedad". Y hace un recuerdo de que, por ejemplo, la economía política como ciencia tiene su origen en la Europa burguesa moderna, pues es en ella donde más desarrollados se encontraban los procesos de producción capitalista y no, por ejemplo, en el Japón feudal o en la Grecia esclavista.

En su obra *Teoría y praxis*, Jürgen Habermas, en el capítulo referente a la ruptura con la tradición, refiriéndose a Maquiavelo y Moro, dice que ambos no se preguntaron por las condiciones morales de la vida, sino por las condiciones reales de supervivencia. De ahí que la política, un problema práctico que requiere soluciones técnicas, soluciones que establezcan los medios para hacer posible superar al hombre, los riesgos de la vida. En este sentido, los individuos sólo pueden salvarse mediante una exitosa técnica de la conquista y conservación del poder, así como mediante



Mtro. Fernando Ojesto Martínez Porcayo

una correcta organización del orden social. Este es Moro. Además de una relación permanente formal, invariable que resuelva las tensiones mediante la violencia institucionalizada. Este es Maquiavelo.

Lo que Moro y Maquiavelo proponen son modelos, uno respecto de la técnica de obtención del poder, el otro desde la organización del orden social. Lo que aquí resalta es una constante, la influencia de las circunstancias imprimen a las propuestas de uno y otro y de ello se deriva su relativismo. Es cierto, como lo mencionamos al principio de esta disertación, la labor científica debe estar encuadrada en métodos y técnicas apropiados a las corrientes de pensamiento que les dan sentido. Sin embargo, esas técnicas y métodos se deben condicionar por la realidad misma que estudian, por lo que las pretensiones universalistas de producción teórica se ven envueltas en la circunstancia del pensamiento ideológico, político, por lo que de inmediato surge su relativismo.

Jürgen Habermas señala que las ciencias sociales de hoy se verían enriquecidas si en lugar de perseguir una unidad metodológica que las encuadre en sus propias limitaciones de rígidos sistemas teóricos, se enfrentasen a los problemas, sin más ambición, que la de interpretar el sentido de la acción política, aunque para ello fuera necesario armonizar diferentes métodos, técnicas y teorías.

Parafraseando a Marc Bloch, podemos concluir que el hecho de que un gran número de estudiosos de todas las disciplinas se vean obligados a aprender ciertos fenómenos centrales mediante otros fenómenos derivados, en modo alguno esto se debe entender el que haya en todos una igualdad metodológica. Dice el mismo Bloch: "una experiencia única es siempre imponente para discriminar sus propios factores y, por lo tanto, para suministrar su propia y única interpretación".

En esta corriente de pensamiento, Raymond Aaron, cuando su ensayo sobre libertad, estudia la sociedad industrial mediante un método comparativo flexible, que recuerda mucho a la del profesor Lipset, y que oscila entre el pensamiento marxista y el de Tocqueville para demostrar la evolución del sistema capitalista con la creación de clases medias en las que residen los controles efectivos de los órganos del poder: "¿Qué queréis?, ¿Qué podéis?", decía Paul Valéry.

Wright Mills en su obra *La imaginación sociológica*, sugiere que el primer fruto de esa imaginación y la primera lección de la ciencia social que la encarna, es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino, localizándose asimismo en su época.

Comprender que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hayan en sus circunstancias.

La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y esa es su promesa.

Señores, qué ciertas son las palabras del profesor Lipset cuando sugiere a los países en desarrollo tomar como referente a los países desarrollados. Pues efectivamente sería insensato no hacerlo, ya que mucho de lo que somos es por influencia suya. El sistema económico, las formas de construcción social, su cultura y hasta su lengua llegan a formar parte de nosotros. Nuestros problemas y la perspectiva de su solución constantemente los buscamos en su propia producción teórica y en su acción pragmática.

Acierta también el doctor Martin Lipset, cuando con gran visión aclara que las generalizaciones propuestas derivadas de la historia de los países occidentales y particularmente de los Estados Unidos, no presuponen o implican recomendaciones políticas específicas para países del Tercer Mundo.

Es cierto lo que afirma: Las condiciones del siglo XIX no son reproducibles. Los nuevos estados posrevolucionarios no pueden beneficiarse de una legitimidad tradicional. Las presiones internacionales estimuladas por las comunicaciones modernas no pueden ser contrarrestadas mediante el crecimiento económico gradual. Y las naciones pobres están necesitadas a destinar grandes proporciones de su producto nacional bruto, en gastos de beneficio, cosa que no sucedía en el siglo XIX.

¿Qué lección podemos colegir de las propuestas del doctor Lipset?

Yo podría decir que países como los nuestros requieren que a partir de su análisis, como decía don Pablo González Casanova, se necesitan tres premisas centrales:

Primero. La relación de la estructura político-formal de los modelos teóricos y jurídicos de gobierno con la estructura real de poder.

Segundo. La relación de poder nacional de la nación-Estado con la estructura internacional.

Tercero. La relación de la estructura del poder con la estructura social, con los grupos macrosociológicos con los estratos, con las clases.

Tiene razón Karl Deutsch, al afirmar que todos los estudios sobre la política y todas las técnicas y modelos jurídicos como instrumentos para el análisis político, tienen este fin: que los hombres sean más capaces de actuar en política con los ojos abiertos.

El profesor Lipset nos ha abierto más los ojos y ahora vemos con mayor optimismo el futuro de nuestra sociedad. Muchas gracias.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Tiene la palabra el licenciado Federico Reyes Heróles.

**Lic. Federico Reyes Heróles.** Bueno, antes que nada quisiera pedir una disculpa por el retraso sólo imputable a mi incapacidad para predecir los cielos del Valle de México.

En segundo lugar, quisiera felicitar a los organizadores de este evento, en particular a la Unión Interamericana de Organismos Electorales, al Instituto Federal Electoral, a sus titulares y al Tribunal Federal Electoral por haber tenido la capacidad para convocar a un evento de tanta calidad.

Y en tercer lugar, manifestar que siempre será un honor compartir con el señor Martin Lipset una mesa. He tenido la oportunidad de tratarlo en otras ocasiones y en este día en particular me siento muy honrado en volver a estar con él.

Fruto codiciado y temido a la vez, ambición elaborada por el intelecto, pasión que brota de no sabemos qué extraña víscera, la democracia permanece como ideal inalcanzable, utopía de utopías, que muta y se transforma devorando cada día nuevos ámbitos, abarcando áreas de nuestra vida cotidiana que antes simple y llanamente no entraban en sus coordenadas.

Así, los ilotas del mundo aristotélico incapacitados para participar en la cosa pública a la invención del derecho de gentes, pasando por el jusnaturalismo hasta la concepción misma de universalidad de los derechos mínimos del siglo XVIII, se desprende una sucesiva adición, complementación, perfeccionamiento, palabras todas que ocultan lo que en realidad es una invención cultural: la democracia, invento magnífico, quizás de los mejores que se ha dado en la humanidad de cuya lenta evolución tenemos amplias noticias, pero de cuyo futuro sólo podemos saber con mucha imaginación.

Pero si la evolución del concepto mismo ha sido sorpresiva, el asunto se complica cuando analizamos en qué latitudes, sujeta a qué condiciones es que florece y se desarrolla este intrigante ser vivo.

Si se trata simplemente de una construcción humana, producto del frío cálculo sobre el papel que conduce al trazo de los planos que llevarán en perfecto orden de los cimientos a los muros, techos, ventanas, puertas y acabados, tendríamos, por lo menos en nuestra mente, una ruta a seguir.

Camino laborioso, sin duda, donde los diferentes elementos de la propia construcción nos van indicando cuáles son los siguientes pasos.

Pero los fenómenos humanos, sociales, son precisamente eso, fenómenos, hechos de los cuales desconocemos el todo o una parte. Y el día que tuviéramos todos los componentes a la mano pasarían a ser conocimiento y dejarían de ser esa intrigante categoría fenómeno.

Se trata entonces de dos cacerías distintas: La una persigue a la evolución del concepto y lleva como arma a la hermenéutica y a la teoría; la otra observa la historia, sigue la manifestación caprichosa de los hechos. Disciplina esta que, a decir de Schopenhauer, no es una ciencia, sino un saber.

La pasión ha rodeado a ambas cacerías, perfeccionar el concepto es ampliar la democracia, sin duda, pero estando el concepto surge una nueva intriga: ¿Por qué esta semilla maravillosa que suponemos de bondades infinitas, no germina en todos los terrenos que queremos fecundar?

Vamos a buscar entre las asociaciones políticas, dice Aristóteles, la mejor de todas, para que los hombres puedan vivir a la medida de su voluntad.

Más de 20 siglos después tendríamos que matizar la expresión del filósofo, pues al deseo democrático han de sumarse otras consideraciones que no obedecen al imperio de la voluntad.

Por ahí es justamente que se abre todo un nuevo espectro de posibilidades para el conocimiento, cambia la mira que se desprende de la obsesión conceptual para girar con ansiedad y encontrar respuestas a tres preguntas centrales: ¿Cómo, cuándo y por qué? Atrás queda la hermenéutica, ahora se trata de observar al hecho social. Se cambian las pretensiones universalistas, debemos ir a la especificidad.

Es por estos rumbos que se han producido textos de enorme valía y los cuales sin querer queriendo resbalan en la incómoda comparación. La tentación ha estado siempre allí. Desde el estudio comparativo de las constituciones de Aristóteles a las consecuencias sobre la vida política que el clima, propuesta no de un determinista biológico, sino del propio Montesquieu, tienen sobre la organización social.

Después vendría ese teórico pensador francés americano o americano francés que se llamó Alexis de Tocqueville quien, con renovada capacidad de asombro sigue tras las pistas de aquello que le falló a su Francia. No sería el único viajero que pusiera sus ojos más allá de la botánica y la orografía para pasar a la geografía humana, disciplina ésta radicada entonces en la escuela de filosofía.

El propio Humboldt lanzaría múltiples confrontaciones de realidades muy concretas, lo haría no por un

ánimo de resaltar diferencias y con ello acentuar posible criterios de superioridad, sino como resultado de algo mucho más sencillo, la llana curiosidad.

Se abría así toda una nueva vertiente que deja atrás la semiótica para incursionar en la terca realidad. Por supuesto, a mayor información global mayor capacidad para establecer coincidencias, si les parece bien el término que no sentencias conclusivas. Qué fácil sería establecer correlaciones directas entre niveles educativos y democracia o ingreso y democracia o desarrollo industrial y democracia.

Por supuesto que existen condiciones y condiciones de las condiciones como las ha llamada Sartori, pero no logran establecerse correlaciones lineales; la chapucera de la historia nos sigue dando sorpresas. Cómo explicar que uno de los países más industrializados de Europa y con los más altos niveles de educación se convirtiera en la patria del nazismo, vergüenza de la humanidad. Ahí está el texto de Carl B. Albert, entre otros, o el doloroso recuento de Franz Neumann, el cual desde el título eriza la piel.

Es justo en estas coordenadas que se inscribe esta nueva entrega de Seymour Martin Lipset quien, brillante como siempre, hace un breve recuento del estado del arte.

De entrada nos recuerda esa diferencia fundacional entre algunas democracias teñidas por el iluminismo francés en el que la fortaleza del Estado era vista como garantía de vida democrática y la aproximación de los llamados padres fundadores de los Estados Unidos para los cuales a mayor Estado mayor riesgo de regímenes autoritarios. Por supuesto, la idea nos remite de inmediato a Tocqueville y su muy consistente tesis, incluso observada a finales del siglo XX, estos ojos de finales del siglo XX en el sentido de que la verdadera democracia surge con la aparición de los cuerpos intermedios o de mediación.

Bien por los derechos ciudadanos, bien por los partidos o asociaciones políticas, pero son esos cuerpos intermedios, sociedad civil diríamos ahora, organizaciones no gubernamentales quizás, las que sirven de correa de transmisión y a la par control de los regímenes democráticos.

Por supuesto que Seymour Martin Lipset no podría pasar de lado sobre la discusión siempre irritante de no burguesía, no hay democracia que nos remita de inmediato a un autor clásico, diría yo y en cierto sentido olvidado, que es Barrington Moore, con esa aportación insustituible que es el texto de los orígenes sociales de la dictadura y la democracia, texto en el cual establece la vital importancia de las clases medias rurales para la consolidación de regímenes democráticos.

La contraparte es particularmente sensible para los mexicanos, ahí donde se imponen reformas agrarias centrales y centralizantes que demandan de organizaciones muy amplias y burocracias pesadas, ahí, hay riesgos de autoritarismo. Pero el asunto nos lleva a una cuestión delicada, la diferencia entre campesino con tierra y campesino sin tierra, de un lado el *farmer* auto-empleado, de otro el ser dependiente del patrón. Es ese *farmer* que evoluciona en clases medias rurales, el que juega un papel central en la estabilización de los regímenes democráticos, es ese campesino desamparado el que sirve como carne de cañón de las organizaciones corporativistas, verticales y autoritarias.

Lipset, en este espléndido material, también pasa revista a las tesis de un marxismo evolucionista que anda siempre atento a las condiciones revolucionarias, pero que en el fondo apoya la idea de un estado de fortaleza total que sea capaz de conducir, imponer quizás, la democracia, puede ser una democracia impuesta, ¿se puede imponer la democracia?

Lipset no recuerda el dramático viraje que sufrieron las naciones derrotadas en la Segunda Guerra Mundial, Alemania, Italia y Japón, industrialización y modernización social son coordenadas separadas que demandan esfuerzos simultáneos, no hay encadenamiento gratuito. Lipset, el autor de ese clásico que es *El hombre político*, texto que a pesar de ser de sus casi cuatro décadas de vida, sigue y seguirá siendo referencia insalvable de los estudiosos de este tipo de cuestiones, entra a una discusión muy delicada.

¿Son las instituciones prototípicas de las democracias occidentales, funcionales para países como los de América Latina? No necesariamente, por lo menos en el corto plazo en el cual la apertura a las demandas sociales insatisfechas e imposibles de satisfacer de inmediato pueden generar condiciones de inestabilidad política.

Cabe por supuesto también la pregunta inversa: ¿es entonces la democracia sólo funcional para naciones en las cuales por su nivel de desarrollo, por la riqueza acumulada, las tensiones sociales se han reducido o disminuido? ¿Acaso la democracia es para los ricos?

La propuesta de Lipset se complica cuando introduce la variable de equidad. Muchos son los países con altas tasas de crecimiento y apoyadas en regímenes autoritarios, pero es justo en ellos donde las injusticias sociales se ahondan, ¿quiere esto decir que la democracia y la justicia social van de la mano?

Por supuesto que Lipset es lo suficientemente cauteloso para no sentar una tesis tan contundente, pero algo hay detrás y lo deja ver. Las correlaciones se complican: riqueza no garantiza democracia, pobreza atrae

autoritarismo, crecimiento no conduce a justicia social, democracia no siempre provoca crecimiento, justicia social pareciera demandar democracia.

Si bien en este terreno todo pareciera vago, inasible donde no queda duda, es en la aproximación alrededor de las sociedades rurales, sin cuerpos intermedios al estilo de Tocqueville y sin clases medias rurales, la inestabilidad autoritaria merodea. Aquí habría que citar que por suerte, Barrington Moore tuvo una gran discípula seguidora que es en este extraordinario texto denominado *El Estado y las revoluciones sociales*.

Lipset lanza una pista que pudiera ser toda una nueva vertiente de estudio, por ahí, en un párrafo nos hace ver del creciente impacto lo de lo que él denomina, perdón por el anglicismo *popular awkwardness*, que podría recibir la injusta traducción de una alerta popular. Lipset se refiere ahí a ese delicado estado de la conciencia popular en el cual no se sabe de la injusticia, no se sabe de la diferencia y, por lo tanto no se exige la justicia, o por el contrario, se reacciona popularmente a la mayor información y conocimiento, lo cual deviene en presión política.

La demanda es conciencia de lo propio confrontada con conciencia de los otros. Quizás una de las tesis más sugerentes de este material de Lipset, es la que se refiere a la centralización de todo sistema de reconocimientos y prestigio. La propuesta analítica es muy clara, ahí donde el Estado acapara todo el sistema de reconocimientos, de prestigio e incluso podríamos decir de estímulos sociales, se vivirán presiones democratizadoras.

En cambio, si el Estado permite la abierta socialización de los sistemas de reconocimiento y prestigio, surgirán contrapesos a las tendencias arbitrarias.

Existe así una compleja interrelación entre las muy diversas motivaciones sociales y las respuestas siempre limitadas de todo aparato político.

Tener título para gobernar es una condición que se logra gracias a una palabra que mucho ha dado de comer a los politólogos: la legitimidad. Pero ¿cómo lograrla, cómo llegar a ese Estado nación que se encuentra de entrada con configuraciones de gobierno lejanas y con frecuencia contradictorias que en algún sentido es el caso mexicano?

Lipset plantea la encrucijada. Si se reconocen los sistemas tradicionales, autóctonos por denominarlos de alguna forma, la presión por eficacia disminuye. Si en cambio son sustituidos más vale que el nuevo régimen sea altamente eficaz.

¿Qué más agregar? En esta muy sugerente entrega, Lipset nos lanza múltiples anzuelos que atrapan al lector para invitarlo a iniciar nuevas aventuras analíti-



Lic. Federico Reyes Heróles

cas. Pretender compendiarlo o resumirlo, además de imposible sería injusto, para eso está el texto cuya brevedad lo hace doblemente bueno.

Por lo pronto, creo que todos debemos felicitarnos de que Seymour Martin Lipset, con la juventud intelectual que lo caracteriza, nos siga haciendo llegar los resultados de sus exploraciones y aventuras intelectuales que siempre son mapas insustituibles para nuestras propias incursiones.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Agradeciendo los muy sugerentes comentarios tanto del maestro Fernando Ojesto, como del maestro Federico Reyes Heróles, le cedo la palabra al profesor Lipset por 25 minutos para que dé respuesta, si quiere, o amplíe sus comentarios.

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Muchas gracias, a estos comentarios.

Son para mí muy estimulantes y podrán ver qué tan estimulantes han sido cuando les hable, porque salen de ideas que yo sugiero, pero preguntas que van aún

mas allá y yo creo que tenemos que ir bastante más allá y me gustaría si me permiten en los próximos 25 minutos ser franco. Ser brutalmente franco, lo cual quiere decir ser crítico de todo tipo de cosas y de algunas de las cosas de las cuales yo creo que puedo ser crítico, es de las cosas que son comunes y corrientes en América Latina y corrientes en México también. Así como en los Estados Unidos y en Europa y en otros países.

Un punto para empezar, es quizás el sitio más importante del mundo, bueno a la mejor estoy exagerando, pero digamos uno de los sitios más importantes es precisamente la frontera con los Estados Unidos, el río Bravo, puesto que es el único lugar en donde se reúnen el Primer Mundo, con el Tercer Mundo, en donde hay un pequeño río que divide las poblaciones. Donde las poblaciones viven en países que tienen pues en un lado, una gran riqueza y una gran diferenciación, así como una gran tasa de población y yo creo que la gente en los Estados Unidos, o sea, hasta cierto punto también en el Canadá, tienen que entender cómo ya se les ha dicho que no se puede mantener una pared en el río Bravo.

Patrick Buchanan, que no ha sido uno de mis compatriotas favoritos que digamos, ha sugerido inclusive construir una especie de muro de Berlín, entre San Diego y la entrada a México, es decir para mantener a los mexicanos fuera de los Estados Unidos, con una pared. Obviamente no la vamos a construir.

Es una idea muy remota, pero yo creo que Buchanan estaba hablando acerca de un verdadero problema, de un fenómeno, porque si tomamos las tasas de crecimiento, no nada más entre México y los Estados Unidos o Latinoamérica y los Estados Unidos, sino que si lo vemos a nivel del Tercer Mundo y el Primer Mundo, vamos a tener 50 mil millones en el sur y vamos a tener un mil millones en el norte y esto va a ser imposible.

Con los niveles de la diferenciación del ingreso de la pobreza entre el norte y el sur, de la magnitud que existe, que seguirá creciendo, el norte va a ser sobreavasallado, y lo que le pasó a Roma, nos va a pasar a nosotros. Los bárbaros, si me permiten ese término, nos van a invadir, quizás no con fusiles, pero sencillamente van a cruzar el río o van a cruzar el Mediterráneo, o van a cruzar todas las barreras porque no se van a quedar a morir de inanición, cuando los demás son ricos.

Ahora, esto requiere que pensemos muy arduamente, ¿qué es lo que se puede hacer?, sin importar de qué lado estemos. Ahora desde un punto de vista muy positivo, tenemos que reconocer que nuestra generación ha sido una generación muy afortunada así como una con muchos problemas, puesto que estamos vivien-

do en uno de los periodos revolucionarios más importantes de la historia.

El 1989, fue uno de los grandes años del mundo, entre mediados de los setenta y desde luego 1989, se colapsaron los regímenes autoritarios, en la parte sur de Europa, en América Latina y desde luego, dentro del mundo comunista. Aunque bueno, todavía existen hasta cierto grado en el este. Y esta es una revolución que es todavía mayor que la de 1789, la del 48, o la de 1917, y deberíamos de celebrarlo y no lo hacemos puesto que inmediatamente surgen todos estos problemas.

En la Europa Oriental por sí sola por ejemplo, que no se puede solucionar fácilmente, ahora, ¿qué es lo que se tiene que hacer? En primer lugar yo creo que las antiguas categorías de derecha e izquierda, socialistas, conservadores, capitalistas o como les quieran llamar, pues la gente no va a dejar de usarlos porque yo lo digo o porque otra gente diga que ya no son tan relevantes como lo eran, pero realmente ya no lo son y lo que necesitamos es un nuevo punto de vista, es la aceptación de puntos de vista, no importa si venimos de un pasado socialista o de un pasado conservador.

De cómo es que vamos a revolucionar al resto del mundo, puesto que necesitamos más revolución, necesitamos cambios más drásticos y uno de los problemas si vemos las Américas, es el hecho de que los Estados Unidos y Canadá son ricos y América Latina no. Podemos dar todo tipo de explicaciones, podemos dar miles de excusas pero hubo algo que funcionó bien al norte del río Bravo y algo que no funcionó bien al sur del río Bravo.

Pierre Trudeau, quien fue el primer ministro de Canadá durante 16 años y es un intelectual muy brillante, en 1958 escribió un artículo que se llamaba *Algunos obstáculos a la democracia en el Quebec*, esto era cuando él era todavía un académico, antes de entrar en la política. Hizo un artículo muy complejo y fascinante.

Básicamente él decía que el problema era que Quebec era católico y que la parte anglosajona del Canadá era protestante y que el catolicismo estaba orientado a los grupos y que no presionaba a que la gente fuese empresaria o individualista. Era una especie de reaseveración en una forma muy política de la tesis de Weber.

Ahora Quebec ha cambiado recientemente, por eso quiere ser independiente y ha cambiado puesto que pasaron por algo que se llamó la *Revolución Callada*. Cambió su cultura, cambió su sistema educativo.

No tenemos por qué entrar en mayores discusiones aquí, pero sí pasó y ha pasado en otras partes, lo que necesitamos. Creo que tenemos que reconocer que necesitamos al Estado, todos nosotros vivimos en esta-



dos y vamos a seguir viviendo en estados. Pero tenemos que reconocer que el estado es una institución de la cual hay que sospechar, sí, es una institución a la cual hay que temer, es la institución de la cual debemos de depender menos y que tenemos que echar a andar nosotros mismos, o sea lo que se llama las sociedades civiles, las organizaciones de la gente, necesitamos una actitud empresarial.

Hemos tenido pueblos que han sido empresarios y algunas veces no nos han agradado. De hecho yo soy judío y me siento orgulloso de serlo, pero hay cosas que han hecho los judíos por las cuales ha habido antisemitismo.

Hay algo fascinante, un príncipe polaco que visitó los Estados Unidos, en 1850 y escribió un libro acerca de los Estados Unidos, pero a él le interesaba visitar a la gente, entonces visitó las comunidades polacas y estaban los polacos católicos, pero también estaban los polacos judíos. El consideraba que los polacos judíos eran los polacos y se dio cuenta de que los polacos judíos estaban funcionando mejor que los católicos y entonces, cuando regresó a Polonia, dijo que lo que había descubierto era que en Polonia se tenía todo un tesoro. Diez por ciento de la población era judía y eso era maravilloso, puesto que esos judíos son ambiciosos, trabajan arduamente, son muy empresarios y una vez que Polonia se convierta en un país libre, una vez que nos deshagamos del zar, nuestros judíos van hacer que Polonia sea rica, claro esto es un hecho terriblemente irónico, si recordamos lo que les pasó a los judíos en Polonia.

Pero esta idea de que los judíos era un activo, que de hecho yo digo que es cierto, es como el decir que los escoceses o los calvinistas son activos. Ha habido ciertas culturas que son más empresariales, más ambiciosas que otras.

Los japoneses, los chinos, si vemos la estadística estadounidense hoy en día, la gente de la parte este de Asia, de India, de Japón, de China, funciona mucho mejor que los nativos americanos. Son empresarios, el grupo más rico en los Estados Unidos de acuerdo con el Senado, es la gente que viene del este de la India, de la cual ya hay más de un millón en los Estados Unidos.

Qué bueno que haya indios de la parte este de la India, y qué bueno que haya coreanos en los Estados Unidos. Qué bueno que hay todos estos inmigrantes y que estamos abiertos a la competencia, que reconocemos que la competencia en una sociedad abierta, en una sociedad competitiva, en los pueblos competitivos, que esto es bueno, que no es malo, y yo creo que esto es algo que América Latina no ha reconocido.

Una vez pensé en hacer estudios sobre América Latina y escribir un libro sobre Uruguay y hablar acerca de los valores empresariales en América Latina. Revisé varios libros y lo que encontré de repente es que en país tras país, desde Argentina hasta México, los extranjeros eran a los que les iba mejor, la gente que había nacido en el extranjero y que venía como inmigrante a México, a Buenos Aires, a Santiago o a San Paulo, funcionaba mejor que los nativos. Y bueno, es la gente ambiciosa, los que son inmigrantes. Hasta cierto punto, necesitamos esta libertad, y necesitamos libertad política, y necesitamos libertad económica. Ahora, al decir esto, quizás suene como algo conservador, pero yo no me considero conservador. Uno de los problemas es que muchos de los conservadores no están a favor de este tipo de libertad. Los negocios no están a favor de este tipo de libertad; no es algo que nada más con decir que lo vamos a tener lo vamos a tener. Es algo que tenemos que reconocer, que tenemos que buscar, y necesitamos de elecciones libres, esto forma parte de la libertad. La economía libre es parte de la libertad y algunas de las personas que están a favor de las elecciones libres no están a favor de una economía libre y viceversa.

Y el colapso del Este en 1989 y más tarde es uno de los ejemplos más recientes de esto. Una vez, vi los registros de 1989 más allá del comunismo. Vi los registros de todo partido socialdemócrata del mundo, y todo partido socialdemócrata hoy en día está a favor del mercado. No hay un solo partido socialdemócrata hoy en día que esté a favor de una sociedad socialista. Ahora, están más a favor del mercado. Y la creencia en el Estado ha cambiado en el socialismo y quizá algunos conservadores no se dan cuenta que están luchando una batalla que ya ha sido ganada, donde —lástima que no tenemos tiempo para explicar esto— pero se ha abierto la sociedad, hay el conocimiento de una sociedad competitiva abierta a los emigrantes, a los negocios, a la inversión. Son cosas que favorecen.

Bueno, ya dije que los rusos entendieron finalmente que el capitalismo es un juego de dados y que no garantiza que todo el mundo gane; nada más nos da una oportunidad de ganar, es como ir a la universidad, nos da una oportunidad de vivir mejor. Todos nosotros, en una sociedad abierta, en los países, la gente no va a lograrlo si no se trata de obtener una sociedad abierta, con partidos abiertos, con partidos competitivos. No vamos a poder saber exactamente qué está pasando. Podemos tener un gran problema puesto que cuando consideramos que vamos a tener 15 mil millones de gentes *versus* un millón y medio, eso no va a durar. Vamos a ver que va a haber muchísima gente de este

lado del río Bravo viendo a los que viven en Los Angeles y en Nueva York, y eso no puede durar. La gente en América del Norte a veces nada más quisiera que desaparecieran los mexicanos o los latinoamericanos, que se concentraran en el sur y que no nos molestaran. Pero ustedes lo saben. Yo siempre les digo a mis compatriotas que no podemos olvidar que existen y, a menos de que ayudemos a México para que suba a nuestro nivel, nuestro nivel va a declinar o bien van a llegar y nos van a tomar o se van a unir a lo que nosotros tenemos. Es por esto, por lo cual nuestro trabajo para obtener partidos competitivos, partidos libres forma parte de esta lucha, pero es una parte muy importante para que esta organización sea parte de una revolución. Ubíquense ustedes mismos como parte de una revolución continua por una sociedad libre, por una economía libre y los antiguos temas de que se requieren nuevos tipos de partidos y muchas otras cosas, pero particularmente aquellos que son mucho más jóvenes que yo siéntanse felices porque si tienen suerte y trabajan arduamente, quizás a ustedes les toque vivir la mejor época de la raza humana. Gracias.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** El doctor Lipset dijo que iba a ser brutalmente franco y fue brutalmente franco. Creo que en esta segunda parte, más que una réplica fue una nueva conferencia en donde, en un brutal disparo de ametralladora, nos hizo pasar por varios temas y nos hizo considerar un pensamiento que se abre hacia el siglo XXI. Creo que todos sus conceptos sobre una nueva revolución, el miedo que le debemos tener al Estado, por lo menos a la concepción del Estado tradicional, la necesidad de una nueva actitud con iniciativa, con coraje, con búsqueda de soluciones, el enfrentarnos a ciertos factores que son ciertos en Latinoamérica, el hablar de una sociedad abierta ahora para poder ir adelante, creo que todos son puntos que nos han puesto en la tesitura de reflexionar sobre lo que es nuestro futuro. Y quiero confesar que lo que más me atrajo de lo que dijo fue que quizás algún día el sur se coma al norte. Esperemos verlo, doctor Lipset.

Siguiendo con el método, voy a proceder a transmitirle las preguntas que ha formulado el público al doctor Lipset, porque todas son para él.

La primera del licenciado Solorio. ¿Cuáles son las razones por las que el modelo neoliberal genera mayores problemas que beneficios en los países en los que se implementa, tales como incremento de la pobreza, desempleo, inseguridad pública, entre otros?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Estos puntos en esta pregunta, en lo que pertenecen sobre todo a la parte

este de Europa, pues desde luego son válidos y parte de lo que ha pasado es que las revoluciones, bueno, las cosas empeoran cuando se tiene una revolución antes de mejorar. Por eso es que la única revolución que ha tenido éxito fue la revolución estadounidense. La revolución francesa fue un fracaso. Estuvo Napoleón. La revolución de 1984 también fue un fracaso, la de 1917 fracasó, etcétera, y el problema es que cuando se echa abajo un sistema político, un sistema socialista, como se hizo en 1989 y antes, rompemos totalmente las relaciones sociales, las expectativas, etcétera. Los países comunistas quizás hayan trabajado a un nivel más bajo, mucho más bajo de productividad que el Occidente, pero tenían un sistema para proporcionar vivienda, alimentos, luz, etcétera, y todo esto se rompió, y la razón por la cual los franceses recurrieron a Napoleón a fines del siglo XVIII es porque las condiciones en París fueron mucho peores que las que habían tenido bajo los borbones como resultado de la revolución. Y lo mismo es cierto en la mayor parte de Europa Oriental, donde el efecto inmediato de romper las cosas como estaban ha hecho que las cosas empeoren. Es fácil decir esto históricamente si uno vive en Moscú o en otro sitio. Decir que en 20 años las cosas quizás mejoren, pues no ayuda mucho cuando uno no tiene suficiente alimento o vivienda o calefacción. Pero esto es fundamental porque así ha habido ya un golpe revolucionario.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Zarahy Cuevas pregunta: ¿Qué papel juegan los medios de comunicación como catalizadores de la transición a la democracia?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Bueno, los medios masivos de comunicación pueden ser parte del sistema educativo, pero uno tiene que confesar que dentro de los sistemas demócratas y aun en sistemas no democráticos los medios masivos de comunicación también tienen aspectos muy negativos. Las buenas nuevas no son nuevas. De hecho a la hora de la comida estaba sentado junto a dos personas de Jamaica y comentaba que quizás las cosas estaban yendo muy bien en Jamaica, porque hacía mucho que no oía hablar de este país. Uno nunca oye hablar de las cosas buenas. Los aviones que aterrizan bien no son noticia; en cambio, cuando hay un accidente de un avión pues eso es noticia y ése es el prototipo de lo que hace la prensa. Uno de los problemas que confrontamos hoy en día en muchos países, es que las noticias, la información ha cambiado a los medios masivos de comunicación hacia la televisión más que a la prensa, y la televisión es mucho más eficiente como comunicadora de información y de noticias a como lo es la palabra impresa.

Piénsenlo, cuando ven ustedes noticieros, la prensa, bueno, pues alguien lo escribe y uno no lo cree tanto, pero la televisión es mucho más manipuladora que la prensa impresa y estamos expuestos constantemente a una dosis de qué tan terribles son las cosas.

La prensa no reporta las cosas buenas. Les puedo dar muchos ejemplos, claro que conozco más la información de los Estados Unidos, de la información publicada en el *New York Times*. Todo esto está mal como descripción de hacia dónde van los Estados Unidos, porque enfatiza siempre lo malo y no las buenas noticias.

Un ejemplo, el *New York Times* publicó una serie de artículos recientemente en cuanto a la reducción de corporaciones que estaban despidiendo a mucho personal. Nunca vi un artículo en el cual se dijera que había una gran cantidad de empleo y que se estaba contratando cada vez más gente.

Por ejemplo, en la Bahía de San Francisco, en donde paso el verano, ahí ya no se puede encontrar gente que trabaje. Se está buscando gente que quiera trabajar, pero esto es algo que no lo publica el *New York Times*, porque no se vende tanto como cuando se habla de las compañías que están despidiendo a la gente.

Creo que los medios masivos de comunicación a veces hacen a la gente infeliz, hacen creer que las cosas

son peores de lo que son. Quizás esto sea bueno porque quizás hace que la gente sienta que quiere presionar al sistema para que las cosas mejoren, pero los medios y este cambio que se ha dado hacia la televisión, realmente es un cambio muy importante en comparación con los medios impresos.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Maestro Lipset, Lina Rosique pregunta: ¿Cuál es el futuro de los partidos políticos en América Latina en el marco de la lucha por la democracia?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Bueno, espero que sea bueno. Es decir, los partidos políticos tendrán que representar diferentes segmentos de la sociedad y si se estabilizan, bueno, de hecho para que un partido se establezca tiene que contar con gente que sea leal, que crea en él y esperemos que esto ocurra.

Creo que uno de los peligros en América Latina, es que en muchos países los partidos políticos no son ni antiguos ni estables y entonces pueden ser barridos.

Si vemos los nuevos sistemas en España justo después de Franco, Suárez ganó la primera elección con 300 votos, en la segunda elección obtuvo 12 escaños en el parlamento. Bueno, hay otros casos iguales, en las posdictaduras donde los partidos han desaparecido, porque no cuentan con un apoyo fuerte, y sin este apoyo, pues el partido no funciona.

Pero esto puede suceder también en países desarrollados. En Canadá, uno de sus dos partidos principales, el Conservador, bajó a 12 escaños en el Parlamento. En Italia, bueno, quizá sea más entendible que en el Canadá, pero los dos partidos después de la guerra en Italia, los cristianos demócratas y los socialistas se colapsaron. Pero esperemos que se obtengan partidos nuevos y estables.

Y por lo tanto, el tipo de cosas que se están haciendo aquí en esta conferencia para tratar de institucionalizar la oportunidad de los partidos y la estabilidad de los partidos, creo que es extremadamente importante.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Juan Ramón Jiménez pregunta: Primero dice: La cultura política es un término que los sociólogos y politólogos comúnmente utilizan y analizan para estudiar el fenómeno de la democratización. ¿Usted cree, doctor Lipset, realmente, que si un pueblo, una sociedad tiene un nivel elevado o importante de indoctrinación política, le asegura que sea democrático?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Bueno, es que depende. Cada sociedad si tiene una cultura, una cultura política y de lo que estamos hablando aquí es de la aceptación dentro de la sociedad de más creencias. Por



Magdo. Lic. José Fernando Franco González Salas

ejemplo, la creencia en el derecho a la oposición, la creencia en el derecho del gobierno ha cambiado. Y pues no podemos dar esto por hecho en sociedades que no eran democráticas. Así es que hay una fuerte necesidad obviamente de educar y de capacitar a la gente en los aspectos positivos, la tolerancia, etcétera, que forman parte de una cultura política. Pero esto no se puede hacer fácil ni rápidamente, requiere de tiempo. Si la cosa funciona, pues va a funcionar más; pero si no funciona nunca va a funcionar.

No hay solución simple en cuanto a cómo incorporar una cultura política. La cultura de la democracia, no una cultura política, puesto que hay gente que no la tiene.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Raymundo Pérez Gándara: Siguiendo el pensamiento de Friedrich Meinecke, en la que sugiere que la historia de la razón de estado en Italia no se puede concebir sin tener en cuenta la dominación española, la democracia en los países del Tercer Mundo podría concebirse como razón de estado frente a la dominación de las potencias estatales? Como dijera el maestro Jesús Reyes Heróles: "la máxima del logro político".

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Bueno, la referencia a Italia desde luego es correcta. Italia, como lo sabemos, se dividió, estuvo dividida hasta 1871 y fue gobernada por extranjeros. La parte norte de Italia fue dominada por Austria y tuvo gobierno de elementos alemanes. Sicilia y el sur tuvieron una sociedad muy diferente. Y las diferencias que existen entre los diferentes sectores de Italia hoy en día hasta un cierto grado considerable, reflejan el pasado del país.

Quisiera notar aquí un hecho interesante. La forma en la cual la economía y la educación forman parte o se relacionan con si un país es democrático o no. Hace algunos años gracias a un colega, Marion Wong, del Tecnológico de Massachussetts, me señaló que se introdujo una variable a estas correlaciones de los países antiguamente coloniales, colonizados y, al hacer esto encontramos que países que alguna vez fueron gobernados por la Gran Bretaña lo más probable es que sean democráticos, que países que fueron gobernados por alguien más. Es decir, los países gobernados por España, por Francia, por los Países Bajos han sido menos demócratas.

Nuevamente, esto es algo complicado. Empíricamente esto es cierto. Esto es válido en las Américas, entre Canadá y los Estados Unidos es válido, para algunos países africanos que son demócratas tenemos, por ejemplo, la India. Pero en términos estadísticos, todo esto es cierto.

Ahora, cuál es la diferencia entre los británicos y los demás. Bueno, hay una diferencia muy simple. Los británicos animaron y permitieron las elecciones libres hasta un cierto grado de libertad en sus colonias. Antes de que se independizaran los Estados Unidos y el Canadá había elecciones, había elecciones en Nueva York, en Virginia, si fueran a Virginia yo los llevaría a la casa de los burgueses que remonta a 1720; si vamos a Massachussetts podemos visitar los edificios donde se reunía la corte bajo los británicos, había elecciones, había contiendas y había elecciones también en la India, antes de la Primera Guerra Mundial en algunos de sus estados; también en Nigeria, que no es un modelo hoy en día, pero tuvo elecciones en 1930.

Si vamos a otros países, a todos los demás países, el país que dictaba y los controlaba, el país que colonizaba y una gran diferencia entre las colonias españolas y los británicos es que en las españolas no había elecciones, había virreyes y además había golpes así del día para la noche. El régimen español cayó, hubo independencia, pero no había experiencia, no había partidos, no había tradición de votar, no había tradición de una competencia electoral.

Creo que este fue uno de los principales factores que afectan la diferencia entre América Latina y América del Norte o entre algunas de las áreas británicas y las otras áreas hoy en día. La gran anomalía en términos del análisis de las políticas poscolonias es la India, tenemos un país muy masivo, gran analfabetismo, una gran pobreza, etc., y de todas formas sigue siendo democrata y, bueno, hay muchas razones ahí, hay varios elementos de la sociedad civil, pero también tiene una tradición de gobierno británico.

Los británicos fueron mucho más liberales, si me permiten utilizar esta palabra, en sus tratos con sus colonias a como lo fueron otros países.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Todos sus comentarios en relación a la revolución china.

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Bueno, no sé exactamente a cuál se refiere, me imagino que a la de hoy en día no a la de 1949. Yo creo que se refiere más a la situación que existe en China hoy en día. Bueno, eso nos da un fenómeno muy interesante: comunismo-capitalista, un Estado comunista que rápidamente se baje al capitalismo, hacia el mercado libre y, una de las cosas que también es cierta de China hoy en día es que hay elecciones.

Creo que estaba yo hablando el otro día con alguien que estaba estudiando en China y los funcionarios a veces pierden y se da la existencia de una economía de mercado y mucha de la gente que está a cargo de estas

economías de mercado han hecho que China se convierta en una sociedad un poco más libre, o sea, no es que sea totalmente libre, claramente no; lo mismo pasa en Vietnam.

Este comunismo de mercado existe, así es de que espero y es lo único que yo puedo decir, que si esto continúa, China se convierta, como lo hizo Taiwán que se convirtió en una sociedad mucho más abierta, más libre, con elecciones competitivas. No va a ser fácil, el Partido Comunista no va a querer ceder su poder, menos que el Partido Revolucionario Institucional, o sea, el PRI tampoco quiere ceder su poder, pero algunas veces los eventos nos pueden llevar al cambio y uno aprende que hay que permitirle a una sociedad para que funcione.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Mientras más habla el maestro Lipset, más preguntas quieren formularle, consecuentemente tenemos que ajustarnos a los tiempos que tenemos y, evidentemente, como pienso que todos quisieran tener respuesta a su pregunta, le voy a pedir a mi querido amigo don Federico Reyes Heróles que jale dos preguntas para que no sea acusado el moderador de parcialidad.

Roberto Rodríguez: ¿qué diferencias existen en los comicios de un país del Primer Mundo respecto de los del Tercer Mundo?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** Yo me imagino que la principal sería que la mayor parte de los países del Primer Mundo han institucionalizado las elecciones, es decir, elecciones que se han dado desde hace tiempo, partidos que han existido, gente que está comprometida y muchos de los países del Tercer Mundo, ya que los sistemas son nuevos, pues no cuentan con todo esto, además hay un sistema de estratificación que es más desigual, o sea, que es mucho más difícil tener este tipo de partidos.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** El licenciado Antonio Mercader: doctor Lipset, ¿usted

comulga con la tesis de que es válido sacrificar representatividad con gobernabilidad, por gobernabilidad?

**Dr. Seymour Martin Lipset.** No, yo diría que no. El argumento aquí se establece de que una sociedad democrática, una representación o una competencia no funciona también en términos de crecimiento porque la gente presiona al sistema para que dé más de lo que puede dar y si tenemos un sistema autocrático como lo tuvo Chile o como lo tuvo Brasil, pues se puede obtener más crecimiento porque no hay una demanda del sistema que venga de los partidos externos.

Ahora, no hay duda alguna de que esto a corto plazo ha sido cierto para un número de países, pero yo creo, que si vemos amplia y comparativamente no es así, lo que necesitamos es gente que se quiera sentir libre, que quiera ser libre y la libertad es libertad económica y libertad política y yo creo que si hay coerción política ésta va a funcionar contra la libertad política al igual a como si hay coerción económica, pues eso se va a ir contra la libertad política.

Así es de que yo estaría a favor de un sistema de representación aun cuando nos lleve a las demandas de que dé más de lo que el sistema nos pueda dar.

**Lic. J. Fernando Franco González Salas.** Señoras y señores, con esto llegamos al término de esta brillantísima serie de conferencias que no pudieron tener un final más feliz.

Quiero, particularmente agradecer al doctor Seymour Martin Lipset, al licenciado Federico Reyes Heróles y al maestro Fernando Ojesto, esta brillantísima sesión que seguramente nos va a dejar muchas reflexiones por mucho tiempo.

Creo que en el marco de esta tercera reunión no pudo haber sido más completo el escenario que nos presentaron durante estos dos días los distinguidos conferenciantes y comentaristas.

Muchas gracias por su presencia.